
La Era de los Descubrimientos: una mirada económica

Miguel González Moreno

Resumen: Este trabajo tiene por objeto la interpretación económica de la conocida como “Era de los Descubrimientos”, y, más en concreto, el análisis de aspectos tales como las motivaciones económicas de las potencias y los descubridores, el contexto económico de la época o sus consecuencias en este orden.

Palabras clave: Era de los Descubrimientos; análisis económico.

Códigos JEL: N00; N10.

“El mar lava todos los crímenes de los hombres”

Verso de Ifigenia en Táuride [tomado de S. Leys (2011)]

Aunque ya sabemos que la periodización histórica es discrecional y cuestionable, no es menos cierto que es indiscutible la trascendencia de determinadas épocas, aquellas que claramente representan un antes y un después, las que suponen el cierre de una etapa y el comienzo de otra. Pocas dudas tienen los expertos acerca de la excepcionalidad y relevancia de la denominada Era de los Descubrimientos, cuando se cerraba la puerta de la Edad Media y comenzaba la modernidad. Nos trasladamos a los siglos XV y XVI, a nuestra mente acuden personajes como Vasco da Gama, Bartolomé Díaz, Pedro Álvarez, Vasco Núñez de Balboa, Cristóbal Colón, Fernando de Magallanes, o Juan Sebastián Elcano, entre otros. Pero también recordamos lugares, en aquellos tiempos desconocidos, y después nombrados y conocidos como América, Cabo de las Tormentas (Buena Esperanza), Islas Filipinas, Las Molucas (Islas de las Especias), Brasil, Estrecho de Todos los Santos (Magallanes), etc.

Por más tiempo que haya transcurrido, no deja de sorprender la decisión con la que afrontaron los riesgos y las incertidumbres consustanciales a la navegación oceánica en aquellos siglos: barcos a vela para cubrir largas distancias y expuestos a las inclemencias meteorológicas; penalidades y contratiempos de todo tipo (enfermedades, naufragios, desnutrición, motines, etc.); o cómo orientarse y

no perderse en mitad de un inmenso océano cuando sólo conocían a medias las coordenadas, es decir, dependiendo de la meteorología podían estimar de forma aproximada la latitud, pero en todo caso desconocían la longitud. Tal vez, de todas las expediciones, la que mejor refleja lo que decimos es la expedición de Fernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano: un 10 de agosto de 1519 partieron 5 naves y, dependiendo de las fuentes, 235 o 265 hombres; y, después de dar la primera vuelta al mundo, volvieron a Sevilla el 8 de septiembre de 1522 tan sólo una nave (Victoria) y 18 hombres.

Es lógico que ante estas adversidades y otras más, a día de hoy nos sigamos interrogando por los motivos que empujaron a aquellos hombres a poner en riesgo sus vidas y a asumir innumerables riesgos. Porque, en definitiva, ¿qué fueron: ¿aventureros idealistas; buscadores de fortuna y de reconocimiento social; exploradores y conquistadores sin escrúpulos; descubridores de nuevas tierras; navegantes intrépidos; o crueles mercenarios?

Como en tantos temas, en éste también el revisionismo histórico y la corrección política están a la orden del día¹. De manera que aquella

¹ Al calor del V Centenario de la Primera Vuelta al Mundo se han publicado numerosas obras sobre este tema. Entre ellas recomendamos, por su rigor y seriedad, la lectura de J. Varela Ortega (2019); D. Ringrose (2019); A. Muñoz Machado (2019); y B. Yun Casalilla (2019).

persona que se adentre por primera vez en la extensa bibliografía existente se sentirá desorientada y desconcertada, puesto que se ha pasado de un relato heroico a otro que todo lo interpreta en clave imperialista y colonialista; de una interpretación eurocéntrica a otra impregnada de relativismo histórico; y de una visión que trata de enmarcar y comprender lo ocurrido en su marco cronológico a otra que emite juicios finales desde un presente alejado cinco siglos de la Era de los Descubrimientos. Nadie como Jorge Luis Borges, en un párrafo genial con el que comienza el primero de los relatos (*El atroz redentor Lazarus Morell*) de una de sus principales obras: *Historia Universal de la Infamia* (1935), ha desvelado el trasfondo hipócrita y la inutilidad de esta estéril polémica: “En 1517 el P. Bartolomé de las Casas tuvo mucha lástima de los indios que se extenuaban en los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas, y propuso al emperador Carlos V la importación de negros, que se extenuaran en los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas”.

A sabiendas, pues, de que transitaremos por un campo temático minado de prejuicios; centraremos nuestra atención en un aspecto concreto pero sumamente relevante: la interpretación económica de la Era de los Descubrimientos. O dicho con otras palabras: ¿Qué papel jugaron las motivaciones económicas? ¿Qué condiciones económicas hicieron posible esos descubrimientos? ¿Qué consecuencias se derivaron para el mundo económico?

En modo alguno pretendemos dar las respuestas definitivas a estas preguntas; pues, en el caso de haberlas, su exposición sería imposible atendiendo al espacio y tiempo disponibles. Nuestra única pretensión es dar unas pequeñas pinceladas económicas en este cuadro histórico².

Como es lógico y natural de aquella época

² Aconsejamos, al lector interesado y pese al tiempo transcurrido en algunos casos, las siguientes obras: J. Darwin (2012); J.H. Elliott (1984, 1991, 2006); F. Fernández-Armesto (2010, 2012); K. Glamann (1979); E.F. Heckscher (1943); E.L. Jones (1993); J. Mokyr (1993); I. Morris (2018); L. Neal y R. Cameron (2016); J. Needham (1997); D.C. North y R.P. Thomas (1978); J.H. Parry (1952, 1964); I. Soler (2003, 2015).

pueden realizarse muchas interpretaciones, según los postulados metodológicos de la escuela histórica predominante en cada momento, pero lo primero es subrayar la importancia decisiva de los hombres concretos, con nombres y apellidos, que protagonizaron aquellas gestas poniendo en riesgo sus vidas y atravesando la inmensidad de los océanos con unos medios muy rudimentarios, y sin saber a ciencia cierta a dónde iban y qué se podían encontrar.

Se quiera o no, el principal protagonista de esta historia es la figura del explorador profesional, dibujada con maestría por J. H. Parry (1952: 63): “A principios del siglo XVI, la actividad exploradora estaba limitada a un pequeño grupo de hombres a quienes preocupaba poco la lealtad nacional, y que eran capaces y estaban deseosos de emprender exploraciones a favor de cualquier monarca que los empleara. Eran la contrapartida marítima de la gran legión de soldados mercenarios que en aquella época convertían en profesión la guerra terrestre en Europa”. Desmitificado el retrato del descubridor como un hombre al que únicamente le movían la religión y el patriotismo, el siguiente paso es descifrar los verdaderos motivos que estaban detrás de estas arriesgadas aventuras marítimas: ¿Por qué ponían en riesgo los navegantes sus vidas; los banqueros sus capitales; los mercaderes sus haciendas; y los monarcas su prestigio? ¿A cambio de qué afrontaron tantas adversidades y asumieron no pocas incertidumbres?

Adentrarse en el terreno de las motivaciones humanas es siempre complicado y, en todo caso, es un tema sujeto a múltiples interpretaciones. Por ello, opinamos que lo más atinado y aconsejable es acudir a las propias confesiones de algunos de los protagonistas, así como a las opiniones de los estudiosos. Tanto atendiendo a las unas como a las otras, y sin, por supuesto, descartar otras, las de tipo económico ocupan un lugar de privilegio.

En 1518, el navegante portugués Francisco Serrano escribió a Magallanes lo siguiente: “Ven al Maluco, Magallanes, amigo mío, si quieres hacerte rico en poco tiempo”³. Preguntado qué

³ Cita tomada de I. Riquer (2019: 21).

buscaba en Calicut, Vasco de Gama respondió: “Cristianos y especias”⁴. Albuquerque, arengando a su tripulación en 1511 antes de tomar la ciudad de Malaca, pronunció las siguientes palabras: “El gran servicio que haremos a Nuestro Señor arrojando los moros del país y extinguiendo el fuego de la secta de Mahoma ... y el servicio que rendiremos al rey don Manuel tomando esta ciudad, que es la fuente de todas las especias y drogas”⁵. Bernal Díaz fue muy explícito acerca de los motivos que estaban detrás de la empresa india: “Para servir a Dios y su Majestad, para llevar la luz a los que se hallaban en tinieblas y para tratar de enriquecerse, que es lo que desea cualquier hombre”⁶. Pero, tal vez, fue un diplomático del siglo XVI, Ogier Ghiselin de Busbecq, quien mejor expresó las motivaciones de los descubridores: “La religión facilitaba el pretexto y el oro el móvil”⁷.

Pasando a los juicios de los expertos, C. M. Cipolla (2017:178-179), tal vez mejor que nadie, ha indagado en las verdaderas razones de las empresas ultramarinas: “La expansión europea fue en esencia una aventura comercial y el hecho de que la política colonial de las potencias europeas tuviese un tono marcadamente mercantil era la consecuencia natural de los motivos básicos que se escondían tras la expansión. (...) Una dilatada escala de oportunidades económicas influyó en los europeos de ultramar. El comercio de especias, por supuesto, siempre prometió resultados lucrativos, aunque no constituyese el principal objetivo. Los portugueses se interesaron sobre todo en el comercio de especias hacia finales del siglo XV. A principios de siglo, recorrieron las costas de África en busca de marfil, ébano, esclavos, cereales y pescado. En los siglos XVI y XVII, cuando los europeos se establecieron en el océano Índico y en los mares de China, no se limitaron al comercio de especias, sino que en aquel entonces se hallaron interesados en una amplia gama de artículos desde salitre hasta cobre, pasando por seda y porcelana. Los libros de texto usuales de historia económica yerran cuando dan idea de que la única actividad de los aventureros europeos en Asia era la de proveer a

Occidente de productos orientales. Portugueses, holandeses e ingleses fueron los intermediarios de una vasta red de actividad comercial entre las naciones de Asia, pagándose buena parte de las importaciones europeas con las rentas derivadas de invisibles exportaciones marítimas y servicios comerciales. Las oportunidades eran cuantiosas, los riesgos muchos, pero los beneficios todavía eran superiores”.

Para I. Riquer (2019: 23), lo que impulsaba a los descubridores era la búsqueda de una alternativa a la Ruta de la Seda, vía tradicional por la que desde tiempos remotos llegaban las especias a Occidente⁸. El objetivo de los europeos era encontrar una vía directa que les llevase a las islas de la Especiería. La recompensa lo merecía: “La expedición que emprendió Magallanes tenía un objetivo muy concreto: encontrar el camino más corto para llegar al Maluco, a las islas de las Especias. La canela, el clavo, la nuez moscada, el jengibre, el sándalo, el ámbar o el almizcle, todos estos sabores y olores se tenían en gran aprecio, incluso, a veces, más que la seda o las perlas; no eran sólo un lujo en la mesa de los grandes señores sino también una necesidad para cualquier alimento (...) Aunque el precio era muy bajo en su origen, el viaje desde las lejanas islas a las cocinas o boticas europeas era tan largo y complicado que las encarecía muchísimo, y su valor se elevaba considerablemente al pasar por una docena de intermediarios y de impuestos diferentes”.

Más recientemente, D. Ringrose (2019: 13) afirma que: “La mayoría de los europeos que se aventuraron al exterior del continente no estaban interesados en conquistas, sino en las rentables especias, sedas y porcelanas del Próximo Oriente y Asia”. Y por último J. Sánchez Ron (2019), uno de nuestros mejores historiadores de la ciencia y miembro de la RAE, opina lo siguiente: “Lo que esta expedición —se refiere a la de Magallanes-Elcano— buscaba era una nueva ruta para llegar a las tierras asiáticas de las especias, canela, clavo, nuez moscada, jengibre, sándalo, ámbar o almizcle, muy apreciadas en Europa. No era el conocimiento lo que les movía —nadie educado ignoraba que la Tierra es

⁴ Cita tomada de C.M. Cipolla (2017: 176).

⁵ Cita tomada de C.M. Cipolla (2017: 176).

⁶ Cita tomada de C.M. Cipolla (2017: 176).

⁷ Cita tomada de C.M. Cipolla (2017: 176).

⁸ Sobre el papel que las especias han jugado en los descubrimientos geográficos recomendamos la lectura de T. Brook (2019) y J. Turner (2018).

redonda— sino los negocios”.

Como puede observarse ya contamos con los protagonistas (descubridores, monarcas, mercaderes y banqueros) y con las razones que les llevaron a emprender unas empresas de muy incierto resultado. Pero como suele decirse, querer no es poder; además de lo anterior, era necesaria la existencia y confluencia de factores de muy diverso tipo (económicos, financieros, tecnológicos, etc.) para que esos sueños de grandeza y de enriquecimiento se hiciesen realidad y, además, son los que nos ayudan a entender por qué este cambio histórico lo lideró Europa y no alguna otra potencia de la época⁹. Como es fácil de entender, esta no es una cuestión menor, puesto que, como coinciden los expertos, la expansión europea es el origen de su predominio a nivel mundial hasta fechas cercanas.

En este orden de ideas, como consecuencia de una tendencia que ya venía de siglos anteriores, una serie de avances hicieron posible las expediciones y descubrimientos que tuvieron lugar a finales del siglo XV y primer tercio del XVI. Por muchas motivaciones económicas que impulsase la aventura oceánica, previamente se tenían que dar unas condiciones tecnológicas, económicas e institucionales determinadas. Precisamente en aquella época confluyeron todos estos factores. En un inevitable y arriesgado ejercicio de síntesis, subrayamos los logros que se alcanzaron en tres aspectos concretos: en las técnicas de navegación; en la operativa comercial; y en la estructura institucional.

Es evidente que para afrontar la empresa de descubrir nuevos territorios, alejados miles de kilómetros de la metrópolis, se requerían unos determinados conocimientos científicos. No era lo mismo navegar por un mar como el Mediterráneo que atravesar océanos desconocidos: cómo orientarse, cómo aprovechar los vientos, cómo sobrevivir, etc. Desde una perspectiva amplia, se produjo un efecto positivo bidireccional entre los

descubrimientos geográficos y los científicos, así lo ha sabido percibir Y. Harari (2015: 319): “El descubrimiento de América fue el acontecimiento fundacional de la revolución científica. No sólo enseñó a los europeos a preferir observaciones actuales a las tradiciones del pasado, sino que el deseo de conquistar América obligó asimismo a los europeos a buscar nuevos conocimientos a una velocidad vertiginosa. Si realmente querían controlar los vastos territorios nuevos, tenían que reunir una cantidad enorme de nuevos datos sobre la geografía, el clima, la flora, la fauna, los idiomas, las culturas y la historia del nuevo continente. Las Escrituras cristianas, los viejos libros de geografía y las antiguas tradiciones orales eran de poca ayuda”. Pero más concretamente, hasta que no se obtuvieron o se perfeccionaron toda una serie de conocimientos en diferentes campos, no fue posible recorrer grandes distancias marítimas. Así pues, hubo que esperar a que se lograsen avances en cartografía, astronomía, construcción de barcos, e instrumentos de navegación. Como consecuencia de lo anterior, se incorporaron novedades técnicas que afectaron al diseño, el velamen y la dimensión de las naves, gracias a las cuales mejoraron su velocidad y maniobrabilidad; y, además, las mejoras alcanzadas en cartografía y astronomía fructificaron en cartas náuticas más precisas que, dentro de las limitaciones todavía existentes e insalvables, mejoraron la navegación marítima. No cuesta mucho especular que de no haberse alcanzado estos logros técnicos se hubiese retrasado el inicio de la Era de los Descubrimientos.

Ahora bien, una vez despejadas algunas incógnitas técnicas, no eran menores las dificultades financieras. Teniendo en cuenta que, según los cálculos llevados a cabo por los mejores conocedores de aquellos tiempos, la duración temporal de una expedición comercial con ultramar tenía una duración media de 18 meses, se planteaba el problema de cómo financiar unas actividades comerciales sometidas a riesgos tan elevados (naufrajos, piratería, deterioro de la carga, variaciones de precios, etc.). Dos factores hicieron posible, a pesar de las dificultades e incertidumbres existentes, una relación comercial fluida e intensa entre las colonias de ultramar y la metrópolis. Por un

⁹ Sobre esta cuestión véase: M.C. Cipolla (2017); S.B. Clough (1974); E.L. Jones (1993); F. Mauro (1979); J. Mokyr (1993); L. Neal y R. Cameron (2016); J. Needham (1997); D.C. North y R.P. Thomas (1978); J.H. Parry (1952).

lado, en aquellos tiempos y tanto en España como en Portugal, se contaban con los personajes necesarios y de diferentes nacionalidades para desplegar la aventura oceánica: navegantes, cosmógrafos, banqueros, agentes comerciales, etc. Y por otro lado, desde hacía ya tiempo se había iniciado lo que G. Parker (1979: 413-414) no ha dudado en calificar de una revolución financiera: “El período moderno fue testigo de una expansión sin precedentes del uso de técnicas de crédito; préstamos, títulos, vales, transferencias de crédito, dinero bancario, papel moneda y obligaciones negociables, todo se empleó a escala creciente para evitar el uso de metales preciosos (...) En muchas zonas surgió realmente un complejo y trabado sistema de pagos multilaterales, crédito controlado y garantizado y dinero fiduciario seguro que hizo posible incrementar el *stock* monetario de Europa sin esperar a que nuevas llegadas de oro y plata incrementaran el número de monedas en circulación... Es dudoso que Europa hubiera conocido una revolución industrial de no haberla precedido una revolución financiera”. Los avances técnicos hicieron posible las largas travesías oceánicas y el descubrimiento de nuevos territorios, pero su enorme impacto económico y comercial es deudor de la creación de nuevas prácticas e instrumentos financieros o bien del perfeccionamiento de los ya existentes; sin ellos, es probable que hubiesen tenido lugar los descubrimientos geográficos y territoriales, pero puede que no la colonización y el surgimiento de los imperios comerciales español, portugués, holandés o británico.

Y otro ingrediente necesario y explicativo de la Era de los Descubrimientos se refiere a la estructura institucional que la propició y la administró. Ya en su momento F. Braudel (1993, II: 11-12) subrayó cómo ello impulsó la creación de imperios comerciales: “Pero en el siglo XV y con toda seguridad en el XVI no podemos hablar ya ni siquiera de simples Estados territoriales, de Estados-naciones. Vemos surgir y crecer grupos más extensos y desmesurados que son resultado de acumulaciones, herencias, federaciones, coaliciones de Estados particulares; imperios, podríamos decir, si vale emplear en su sentido actual y pese a su anacronismo, esta cómoda fórmula (...) Entre tanto, la aventura marítima comienza a crear, en provecho de Portugal y de

Castilla, los primeros imperios coloniales modernos, cuya importancia no alcanzan a comprender, en un principio, ni los más perspicaces observadores de la época”. En su momento, cada imperio adoptó la estructura institucional que estimó más conveniente; como es sabido, a grandes líneas y sin entrar en detalles, España podríamos decir que siguió un modelo estatal y centralizado, en tanto que Holanda e Inglaterra lo basaron en la iniciativa privada empresarial bajo la atenta tutela de la corona¹⁰. En el caso español, y contrariamente a una corriente de pensamiento bastante extendida en su momento según la cual no estaba preparada para la colonización de los nuevos territorios, recientemente B. Yun Casalilla (2019) ha demostrado todo lo contrario, detallando el entramado institucional y burocrático del que se valió la monarquía hispana para afrontar la administración de los territorios de ultramar: funcionarios, universidades, capitulaciones, audiencias, corregidores, encomiendas, etc. Una verdadera tela de araña institucional mediante la cual se establecían fuertes lazos políticos, económicos, comerciales, financieros y culturales entre la cabeza del imperio y sus colonias.

En definitiva, gracias a los avances logrados en materia de navegación, en el terreno comercial y financiero, y en el ámbito institucional y administrativo, se configuró un capitalismo comercial en el que fructificaron y se fueron pasando el testigo varios imperios: portugués, español, holandés, francés y británico; la denominada expansión europea, Europa como centro del mundo durante los siguientes siglos.

Ahora bien, también desde el punto de vista económico, la Era de los Descubrimientos supuso un antes y un después, sobre todo por las trascendentales consecuencias que trajo consigo¹¹. Nació un mundo económico muy distinto al de siglos pasados, con rasgos más propios del capitalismo mercantil y financiero, que es el que predominará en siglos posteriores. Fue el comienzo de una época excepcional e

¹⁰ Acerca de esta cuestión es muy ilustrativa y conveniente la lectura de J.H. Elliott (2006) y D. Acemoglu y J.A. Robinson (2012).

¹¹ En este punto nos basamos en M. González Moreno (2012).

irrepetible desde el punto de vista económico: el descubrimiento y colonización de América; el hallazgo y explotación de ricos yacimientos de oro y plata; la configuración de una economía-mundo; la redimensión de los mercados; la confección de nuevos instrumentos e intercambios mercantiles y financieros; la aparición y predominio de nuevos actores económicos: monarquías absolutas, grandes banqueros, importantes agentes comerciales, etc.; y el asombro y la perplejidad frente a fenómenos como la revolución de los precios, el desaprovechamiento productivo de las riquezas coloniales, el deterioro de las condiciones económicas y sociales, la sangría de las remesas de oro y plata, el colapso financiero de la Hacienda, el desfase existente entre la dimensión geográfica, política y militar del Imperio español y su base económica, etc. En suma, y al decir de algunos historiadores, aquella fue la primera globalización.

Sin embargo, el imperio empezó a pasar factura a finales del siglo XVI y, sobre todo, a lo largo del XVII; saliendo a escena la palabra que más ha marcado nuestra historia moderna y contemporánea: decadencia.

Aparquemos las interminables disputas historiográficas sobre si tal decadencia fue real o ficticia; si afectó sólo a Castilla o al conjunto de la monarquía; si se inició durante un reinado u otro; si en su causalidad predominaron los factores económicos, políticos, sociales o ideológicos; si más que un colapso histórico estamos ante una crisis generalizada, sin duda importante, pero como otras a lo largo de la historia o bien frente a una época de reajuste, antesala necesaria y preparatoria del Siglo de las Luces; si en realidad se trataba de una recomposición de las relaciones económicas y políticas entre la metrópolis y sus colonias, o del sistema economía-mundo; si todo era fruto no tanto de un declive inexorable como de un atraso económico y una pérdida de hegemonía política y militar frente al resurgir y el empuje de otras potencias más dinámicas como Inglaterra y Holanda; si en vez de hablar de decadencia, lo que implica una etapa previa de esplendor, no sería más correcto hablar de un país subdesarrollado o atrasado.

En cualquier caso, la crisis se fue gestando,

extendiendo y agudizando de manera secuencial: uno, conforme la subordinación de la economía a la política dinástica austracista se tradujo en un colapso financiero y en una utilización estéril y contraria al desarrollo económico tanto de las remesas indianas como de las políticas fiscal y arancelaria; dos, en la medida en que la descomposición territorial de la economía hizo recaer el esfuerzo fiscal y financiero de las campañas expansionistas sobre la población y los sectores productivos de Castilla; y tres, dado que la estructura y la mentalidad sociales imperantes, junto con el efecto riqueza ficticio generado por la plata y la ensoñación del Imperio, no encajaban con la pujanza y la filosofía del mundo económico, por lo que se fue extendiendo una aversión hacia los oficios manuales y las actividades comerciales, y una predilección por las inversiones rentistas frente a las productivas, y por la idiosincrasia de la nobleza frente a la de la burguesía urbana.

Era cuestión de tiempo que se configurase una economía dependiente del exterior tanto comercial como financieramente, y que se fueran resquebrajando los pilares sobre los que se asentaba la economía: la población, los sectores productivos y las remesas indianas.

Dado que nos acercamos al punto y final, es hora de plantearse una cuestión clave: ¿Qué supuso para Europa, en general, y para España, en particular, desde el punto de vista económico, la Era de los Descubrimientos?

A nuestro entender, dos autores, aunque muy alejados en el tiempo, han sabido dar cumplida respuesta a esta pregunta.

No tiene desperdicio el capítulo VII (De las colonias) de la obra seminal de la economía: *La Riqueza de las Naciones* de Adam Smith (1987, II: 665). Ya en 1776 su visión del tema era clarividente: “El descubrimiento de América y de la ruta a las Indias Orientales por el Cabo de Buena Esperanza, son los dos sucesos más importantes y extraordinarios de la historia de la humanidad (...) No hay sabiduría humana que sea capaz de prever los beneficios o las desgracias que la humanidad puede recibir de tales sucesos (...) En la época en que ocurrieron tales descubrimientos, la fuerza de los europeos era tan superior, que les permitió cometer, con

impunidad, todo tipo de injusticias en esas lejanas tierras”.

Un maestro de historiadores, J. H. Elliott (1991: 288), ha afirmado que la española del XVII es “una sociedad que no consigue responder adecuadamente a los retos con que se enfrenta y que paga por ello el castigo máximo: ser relegada a las cunetas de la historia”.

Como desde los tiempos más remotos, todos los imperios han pasado del orto al ocaso, del esplendor a la decadencia, del auge a la caída; y el español no iba a ser la excepción.

Referencias bibliográficas

- Acemoglu, D. y Robinson, J.A. (2012): “Por qué fracasan los países. Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza”. Editorial Deusto, Barcelona.
- Braudel, F. (1993): “El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II”. Editorial Fondo de Cultura Económica, México (2 tomos).
- Brook, T. (2019): “El sombrero de Vermeer. Los albores del mundo globalizado en el siglo XVII”. Editorial Tusquets, Barcelona.
- Cipolla, C.M. (1979): “Historia económica de Europa (2). Siglos XVI y XVII”. Editorial Ariel, Barcelona.
- Cipolla, C.M. (2017): “Las máquinas del tiempo y de la guerra. Estudios sobre la génesis del capitalismo”. Editorial Crítica, Barcelona.
- Clough, S. B. (1974): “La evolución económica de la civilización occidental”. Editorial Omega, Barcelona.
- Darwin, J. (2012): “El sueño del imperio. Auge y caída de las potencias globales 1400-2000”. Editorial Taurus, Madrid.
- Elliott, J.H. (1984): “El Viejo Mundo y el Nuevo (1492-1650)”. Alianza Editorial, Madrid.
- Elliott, J.H. (1991): “España y su mundo 1500-1700”. Alianza Editorial, Madrid.
- Elliott, J.H. (2006): “Imperios del Mundo Atlántico. España y Gran Bretaña en América (1492-1830)”. Editorial Taurus, Madrid.
- Fernández-Armesto, F. (2010): “1492. El nacimiento de la modernidad”. Editorial Debate, Barcelona.
- Fernández-Armesto, F. (2012): “Los conquistadores del horizonte. Una historia global de la exploración”. Editorial Ariel, Barcelona.
- Glamann, K. (1979): “El comercio europeo (1500-1750)”. En C.M. Cipolla (1979).
- González Moreno (2012): “Retratos de economistas andaluces: vida, tiempo y pensamiento”. Fundación Unicaja, Málaga.
- Harari, Y. (2015): “Sapiens. De animales a dioses. Breve historia de la humanidad”. Editorial Debate, Barcelona.
- Heckscher, E.F. (1943): “La época mercantilista. Historia de la organización y las ideas económicas desde el final de la Edad Media hasta la sociedad liberal”. Editorial Fondo de Cultura Económica, México.
- Jones, E.L. (1993): “El milagro europeo. Entorno, economía y geopolítica en la historia de Europa y Asia”. Editorial Alianza Universidad, Madrid.
- Leys, S. (2011): “Los naufragos del Batavia. Anatomía de una masacre”. Editorial Acontilado, Barcelona.
- Mauro, F. (1979): “La expansión europea (1600-1870)”. Editorial Labor, Barcelona.
- Mokyr, J. (1993): “La palanca de la riqueza. Creatividad tecnológica y progreso económico”. Editorial Alianza Universidad, Madrid.
- Morris, I. (2018): “¿Por qué manda Occidente ... por ahora? Las pautas del pasado y lo que revelan sobre nuestro futuro”. Editorial Ático de los Libros, Barcelona.
- Muñoz Machado, A. (2019): “Civilizar o exterminar a los bárbaros”. Editorial Crítica, Barcelona.
- Neal, L. y Cameron, R. (2016): “Historia económica mundial. Desde el Paleolítico hasta el presente”. Alianza Editorial, Madrid (5ª edición).
- Needham, J. (1997): “La gran titulación. Ciencia y sociedad en Oriente y Occidente”. Editorial Alianza Universidad, Madrid.
- North, D.C. y Thomas, R.P. (1978): “El nacimiento del mundo occidental. Una nueva historia económica (900-1700)”. Editorial Siglo XXI, Madrid.
- Parker, G. (1979): “El surgimiento de las finanzas modernas en Europa (1500-1730)”. En C.M. Cipolla (1979).

-
- Parry, J.H. (1952): “Europa y la expansión del mundo”. Editorial Fondo de Cultura Económica, México.
- Parry, J.H. (1964): “La época de los descubrimientos geográficos, 1450-1620”. Editorial Guadarrama, Madrid.
- Pigafetta, A. (2019): “La primera vuelta al mundo. Relación de la expedición de Magallanes y Elcano”. Alianza Editorial, Madrid.
- Ringrose, D. (2019): “El poder europeo en el mundo, 1450-1750”. Editorial Pasado & Presente, Barcelona.
- Riquer, I. (2019): “Introducción”. En A. Pigafetta (2019).
- Sánchez Ron, J. (2019): “La primera globalización”. *El Cultural*, 6-12 diciembre.
- Smith, A. (1987): “Investigación sobre la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones”. Editorial Oikos-Tau, Barcelona (2 Tomos).
- Soler, I. (2003): “El nudo y la esfera. El navegante como artífice del mundo moderno”. Editorial Acanalado, Barcelona.
- Soler, I. (2015): “El sueño del rey. Viajes y mesianismo en el Renacimiento peninsular”. Editorial Acanalado, Barcelona.
- Turner, J. (2018): “Las especias. Historia de una tentación”. Editorial Acanalado, Barcelona.
- Varela Ortega, J. (2019): “España. Un relato de grandeza y odio. Entre la realidad de la imagen y la de los hechos”. Editorial Espasa, Madrid.
- Yun Casalilla, B. (2019): “Los imperios ibéricos y la globalización de Europa (siglos XV a XVII)”. Editorial Galaxia Gutenberg, Barcelona.